

ni le espera de noche para insultarlo.  
 Desde que oyó altanero, de boca de ella,  
 repetido el desaire que tomó a engaño.  
 por soberbia nativa convirtió en odios,  
 lo que fueron cariños de enamorado,  
 y lejos de su alcance solo disputa  
 con la tierra fecunda que va labrando.  
 ¿A dónde va Lolilla muda y de luto?  
 ¿Por qué lleva el semblante lloroso y pálido?  
 ¡Quién podrá conocerla! ¡Quién lo pensara!  
 ¿Dónde fueron sus risas y sus encantos?  
 Ya no toca en la calle la pandereta  
 entre voces y bromas como otros años;  
 ni se adorna en las huertas con alielies;  
 ya no va a Santa Olalla dentro del carro,  
 ambulante refugio de la alegría,  
 tienda de cascabeles que aturde el campo;  
 ya no corta azucenas, rosas ni lirios  
 para adornar en casa la cruz de Mayo.  
 ya no luce en el cuello la gargantilla,  
 primor de filigrana sobre alabastro,  
 ni el guardapiés más rojo que la amapola,  
 que columpia ligero su airoso garbo.  
 Ya no brillan sus ojos como brillaban,  
 ya el color de su cara lo borró el llanto!...  
 Mustia como corola que el sol no besa,  
 triste como el recuerdo de lo pasado,  
 y en sus muertos amores fija la mente,  
 es la viviente imagen del desengaño!

LUIS GRANDE BAUDESSON

## LA LUZ

EL hombre ama la luz; todo lo vivo ama la luz. Los árboles, las hierbas, los pájaros, las animalías todas se esponjan en júbilos de vida con la luz intensa. Hay como una «fototaxia» universal de lo vivo. El gran físico español Julio Palacios, en un libro bello y reciente, llama a la luz «la forma más noble de la energía», y aún admite que esa nobleza aumenta según se suben los tramos jerárquicos del espectro solar, de modo que es más noble la luz violada por la reja y más noble el rayo Roetgen que el de la luz visible, hasta alcanzar el rayo gamma el más alto punto de la nobleza luminosa. La luz es el príncipe y el principio del Universo: «En el principio era la luz, *«fiat lux»!*, y de ella se amasaron y tejieron la luna y las estrellas. Y de un copo de luz se hizo la inteligencia del hombre. Toda la Ciencia física actual se apoya en unas ecuaciones sobre la luz. Todo el Universo se resuelve en luz; y su muerte, la muerte entrópica del Universo, sobrevendrá como un mundo lentamente apagado. La luz es el gran misterio del mundo, máxima paradoja del saber humano. Con razón ha dicho el príncipe Luis de Broglie, el eminente físico contemporáneo, que podríamos decir que sabemos algo si supiéramos qué es un rayo de luz.

Todo lo miserable, nocivo y degradado está privado de la luz; el Infierno identifica con las tinieblas. Lo inferior en la fauna submarina, vive en zonas abisales, falto de luz, como los gusanos hundidos en el lodo barrizal. Cuanto más se avanza en la serie jerárquica de los seres vivos, más se sube en la escala luminosa, en la sensibilidad para la luz, hasta alcanzar la capacidad de proyectarlas. Si a todo lo inferior llamamos «oscuro», a todo lo superior calificamos de «esclarecido». Donde hay orden, hay luz; el caos es tinieblas. Cuando, por la escala de lo animal, alcanzamos el *orden* de lo humano, vemos que el hombre está tejido de cabos de luz, que es un ser enredado que se ordena por la luz de la inteligencia. Pero la vida toda, aun en sus formas más elementales, está hecha de hebras de luz; quizás la chispa que prende en la materia para darle vida no sea sino eso, un tamo de luz. Por de pronto, el vegetal por su virtud clorofílica desglosa el carbono que amasa en luz, para elaborar el almidón, las féculas. Cada vegetal es un misterioso laboratorio donde lo inerte y mineral, se prende en vida y empieza a arder, gracias a la luz almacenada por la clorófila. Con los productos elaborados, se nutrirá el hombre, pero también con el oxígeno sobrante, con los colores floreales, que son fragancias tejidas por la luz, y con sus fragancias, que son colores disueltos en aire. Nos alimentamos de vegetales que son ricos depósitos de luz o de animales que a su vez son vegetarianos.

Y con esos alimentos, no sólo el hombre trama su traza física, sino que también elabora ideas que también son luz: El vocablo «ideas» deriva de un verbo que significa «ver». Saber algo es «aclararlo», proyectar «luz sobre un asunto», pues toda «idea» ha de ser clara; decimos que el pensamiento «alumbra» y al momento más feliz del pensar le llamamos «iluminación». El pintor, quiera o no, pinta luz y el poeta, el santo, el creyente, el amante, se sienten «iluminados»; por eso habla el místico de una «vía iluminativa» ... Todo lo más alto del hombre está hecho de los estambres de la luz. Los seres más espirituales los imaginamos de finísimo pergeño, delgados hasta la transparencia, como si la materia misma se afinara en luz, con aspiración hacia lo angélico y sus diafanidades. Si el hombre físico, como todo ser vivo, es combustión o llama, espiritualmente es todo luz, claridad de cumbres. Una canción a la luz es todo lo espiritual; lo angélico huye de las sombras y Dios es el inmenso foco de luz irresistible a la mirada humana. Y cuando la misma naturaleza acusa su belleza más espléndida es cuando se manifiesta transida de la serenidad de la luz.

Sólo lo decadente, lo envejecido y disminuido de espiritualidad y vida parece complacerse en la caída y degradación de lo luminoso, con un vago sentimiento de rencor, erigiendo en máximo valor lo crepuscular y oscuro. Pero si algo noble se oculta o esconde, no es porque rehuya la luz, sino porque busca recluirse en su propio ámbito, como laboratorio donde elaborarla, que es lo que hace el espíritu creador. Nocturna es la lechuza, crepuscular el buho, y ambos han constituido el símbolo de la sabiduría griega, hasta el punto de haber estado Atenas bajo la advocación de estas aves. También se esconde el filósofo para pensar, el artista para crear, el sabio para investigar y el sueño mismo que halla su gozo entre las sombras, actúa como los metales radioactivos que precisan de lo subterráneo para almacenar su energía, especie de inmensos y condensados montones de luz.

También lo femenino viene al mundo para dar a los seres calor de maternidad; y aunque la energía calorífica es inferior a la luminosa, ese atesoramiento de calor en lo femenino, en forma de ternura, de amor, de solicitud, al fin, se transforma en luz también ... Lo femenino se esconde para transformarse en maternidad y la maternidad es justamente una forma de proyección luminosa en el mundo. Por eso, el acto más noble y alto de lo humano, el momento de la maternidad, se llama precisamente «alumbrar» o «dar a luz». Solo imitando a las madres, alcanzan los artistas y poetas el título de creadores.

Hay en mi pueblo de *natio* una Virgen de centeno y azahar que se llama de «la Luz». De ella ha tomado el pueblo su advocación y de las finísimas hebras de su luz me siento yo herido en la evocación, en la invocación y en el recuerdo.

PEDRO CABA

## Romancillo de la Noche de San Juan

POR FERNANDO BRAVO Y BRAVO

¿—Por qué lloras, hija mía?

—Madre ¿por qué he de llorar?

Lloro porque estoy soltera  
y no me ronda un galán.

(Las flores de la ventana  
aroman el suspirar).

—Quince años tienes, hija,  
quince años nada más,  
y lo mejor de la vida  
es el poder esperar.

—Esperando estuve, madre,  
en la noche de San Juan...

Vergüenza me da decirlo  
que luego se burlarán:  
toda la pasé velando  
entre sufrir y esperar.

(Las flores de la ventana  
sin riego se secarán).

—Los mozos con la enramada  
por mi calle ví pasar  
a casas de mis amigas,  
no a la mía por mi mal.

Y allá por la madrugada,  
cuando a recogerse van,  
debajo de mi ventana  
cantaron, madre, un cantar.

—El son de los rondadores  
tiene falso resonar  
y el corazón que lo escucha  
pierde su tranquilidad.

—Yo escuché, madre, la ronda,  
en la noche de San Juan:  
¡las flores de mi ventana,  
ay, deshojaba el cantar!